

Número 63

REPUBLICA DE COLOMBIA

Abril 1.º : 1911

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

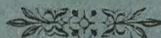
MCMXI

CONTENIDO

Discurso del Sr. Dr. D. Hernando Holguín y Caro, al recibirse individuo de número de la Academia Colombiana el 11 de Marzo de 1911

Contestación al anterior discurso, leída por el Sr. Dr. R. M. Carrasquilla, Director de la Academia.

Monografías históricas..... SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER  
Galería de hijos del Colegio..... NICOLÁS GARCIA SAMUDIO



REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Abril de 1911

DISCURSO

DEL SEÑOR DOCTOR DON HERNANDO HOLGUÍN Y CARO AL RECIBIRSE-INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA EL 11 DE MARZO DE 1911

SEÑORES ACADÉMICOS :

Quando el merítisimo Director de esta corporación ilustre, á quien estoy acostumbrado á venerar como docto maestro y á querer como al mejor amigo, me refirió en conversación familiar que vosotros habíais determinado que viniese yo al lado vueéstro, que pretendíais ceñir á mi frente el lauro académico, digno sólo de varones eximios en letras y en ciencia, no vacilé un momento en responder al señor doctor Carrasquilla, en la sinceridad del corazón, que yo declinaría honra tan grande y galardón tan inmerecido.

Después del santo temor á Dios, es principio de toda sabiduría el conocimiento de sí propio. Dijéronlo así los antiguos en palabras que repiten las edades, y el cristianismo hace consistir en aquel recto conocimiento uno de los ejes sobre que debe girar la vida del hombre perfecto. Fácil cosa era, por lo demás, cumplir en el presente caso con aquel precepto de la prudencia; pues bien sé yo que quien aspire á la gloria de ver inscrito su nombre en el áureo libro académico debió antes hacerlo resonar, con eco inmortal, en la austera república de las letras; y no se



me oculta que ni las flores de la poesía cubrieron nunca con sus encantos las sendas áridas de mi existencia, ni contribuyó nunca mi ingenio al desarrollo ó mejor conocimiento de la cara lengua materna; ni á poder de elocuencia férvida supo mi palabra conmover los corazones ó iluminar las inteligencias.

Fue por lo mismo necesario que vosotros, dando muestra dos veces de bondad excepcional, no sólo me dieseis vuestros votos sino que me señalarais vacío el sillón que, en días mil veces mejores, ocupó el autor de los míos, y que obligaseis así también doblemente mi gratitud privando á mi voluntad de todo arbitrio para elegir, constituyéndoo en bienhechores de mi insuficiencia y en responsables de mi determinación. Quisisteis por este medio, sin duda, honrar en el hijo la memoria del padre, suplir la falta de merecimientos del heredero con la superabundancia de títulos al renombre que dejó el genitor amado, vencer en algún modo á la muerte que os arrebató uno de vuestros mejores compañeros, probando así que su memoria vive en vuestros pechos generosos y en este recinto de la paz y del saber.

Al daros las gracias por honra tan señalada, y al pasar, con reverencial temor, los umbrales de este instituto, séame permitido saludar las sombras de los claros varones que en otro tiempo lo llenaron con su nombre, como llenan hoy con su recuerdo los anales de la nación; desde aquel delicioso cuentista bogotano, historiador de nuestra literatura, investigador de crónicas y antigüedades, dulce cantor del hogar, cuya presencia en Madrid dio origen á la fundación de las Academias americanas; hasta el humanista insigne, último de los que han partido á playas eternas, que durante largos años fue la personificación más excelsa de la vida literaria de Colombia, y que como poeta, filósofo y hombre de estado, alcanzó á un tiempo mismo, y por opuestos caminos, á las más altas cimas del pensamiento. No necesito nombrarlo: vosotros todos lo cono-

cisteis y lo admirasteis. Yo, alguna vez, en rápidas líneas, trazadas con mano temblorosa sobre su tumba recién abierta, dije algo de lo que de él pienso y siento; otros compatriotas, con pluma digna del asunto, encomiaron sus virtudes y estudiaron su labor; pero no se ha escrito, ni se ha iniciado siquiera, el libro que la gratitud nacional le debe, y en el cual se estudien sus escritos admirables, profundizándolos cuanto sea posible, y se perpetúe, para ejemplo de nuevas generaciones, la página más admirable aún de su vida.

No habré, pues, de detenerme á hablaros aquí de él; mas ya que vosotros habéis invocado, al llamarme á la Academia, el recuerdo más sagrado de mi alma, permitid que os diga algo acerca de mi propio predecesor, considerado como hombre de letras, y algo también sobre los vínculos que enlazan su nombre con esta Academia. Al proceder así, no sólo doy rienda á los impulsos de la piedad filial, sino que me acojo á la sombra de altos precedentes, como que fue siempre de uso, en doctas corporaciones académicas, que el nuevo compañero rinda el tributo debido á quien lo precedió en el glorioso sitio.

Fue don Carlos Holguín, durante todo el curso de su existencia, incansable lidiador en las luchas de la vida pública del país; joven, casi niño, se dio á conocer como brioso paladín de una causa política; y puede asegurarse que no hubo para él día de descanso, hasta el instante en que el ángel de la muerte vino á brindarle el reposo supremo. Batallar, batallar siempre, parece que hubiera sido su divisa, así en el parlamento como en la prensa, en la cátedra, en el foro, en el trato diario con los amigos. Visto ya de lejos, á través del tiempo purificador que hace destacar mejor los contornos de las figuras excelsas, aparece como un representante genuino de la democracia, donde es preciso juntar al esfuerzo de hoy el esfuerzo de mañana, y no fatigarse nunca para no desaparecer del escenario público como factor de bienestar, de progreso y de libertad.

Dos circunstancias, sin embargo, contribuyeron poderosamente á enaltecer su personalidad y á impedir que el roce diario de la vida pública hiciese de Holguín un jefe de partido, con todas las rudezas ó acritudes que son frecuentes en quienes alcanzan tales posiciones políticas, especialmente en estas naciones americanas; refiérome á la benevolencia de su carácter y al nunca descuidado cultivo de la literatura y del arte.

Básteme recordar, en cuanto á la primera de estas condiciones, aquella dulce afabilidad que parecía desprenderse naturalmente de todo su sér, aquella sencillez en el trato con gentes de toda índole y posición, y la ecuanimidad de carácter que le permitió vivir en paz y contento en las más variadas situaciones de la vida. De modo maravilloso uníanse en él esa afabilidad y llaneza, con la energía para obrar y la firmeza para hacerse obedecer, y así sabía inspirar sentimientos de amistad profunda, como cautivar con el brillo de los ojos, con la fuerza magnética de la mirada, con la lealtad á toda prueba, y con la nobleza y gallardía de su persona.

Su afición, por otra parte, á las buenas letras, fue elemento eficacísimo para dar brillo y realce á su figura; ellas lo acompañaron desde sus primeros años, en el hogar de sus padres, en escuelas y colegios; ellas, como fieles amigas, haciéndole compañía grata y amena á través de toda su existencia, bañaron con luz apacible las horas destinadas al combate de las ideas; ellas, después de la confianza en la Providencia y de los afectos íntimos del alma, fueron su refugio en días de amargura, solaz en las tribulaciones, y descanso en las recias luchas. Dotado de portentosa memoria, los grandes autores de distintas literaturas eran los amigos de su predilección, y estaba con ellos en trato tan continuo, que bien puede decirse que Virgilio y Cicerón, Shakespeare y Dante, Cervantes y Bello, Molière y Víctor Hugo, lo acompañaban á dondequiera y con él peregrinaban y entablaban diariamente en su inteligencia el diálogo

de las grandes ideas y de los más profundos sentimientos humanos. De ahí el que siendo un hombre eminentemente sociable, á quien rodeó siempre un grupo inmenso de amigos, que gozaba cual pocos en comunicar á otros sus pensamientos, no por eso dejara nunca de gozar con la soledad de los campos y los placeres que brinda allí la vida retirada, sin que le asaltase nunca el tedio, tan natural en esos sitios á una alma inquieta y fogosa como la suya. Era que allí, entre el rumor de árboles y ríos, bajo el espléndido cielo de nuestra zona, ante la infinita belleza de los valles y montañas que forman la naturaleza de las tierras del trópico, su espíritu se dilataba en nobles y vastos pensamientos, y aleccionado por los maestros mayores del saber y la poesía, repetía con pasmosa fidelidad las páginas en que la edad antigua y la moderna vaciaron las aspiraciones eternas y los anhelos supremos de la humanidad.

Su gusto por la literatura adquirió bases sólidas y duraderas en la educación clásica que recibió en esta ciudad, en el Colegio de San Bartolomé, bajo la dirección de los padres de la Compañía de Jesús, y luégo fue adquiriendo mayor amplitud con el curso de los años, sin que nunca fuesen capaces á apartarlo de tales estudios ni las vicisitudes de la existencia, ni los cuidados y molestias que trae consigo la vida pública. Por el contrario, era de ver al doctor Holguín, el mismo día en que tenía que librar alguna batalla parlamentaria, ó en los momentos en que debía estar dominado su pensamiento por algún grave incidente de la política, consagrar ratos á la lectura de alguno de los autores literarios de su predilección, y esto con la misma tranquilidad, con la misma naturalidad con que pudiera hacerlo un hombre dedicado exclusivamente al estudio, ajeno á la vida de acción. Prueba era ello del gran poder de atención que poseía. Sabía concretar toda la fuerza de la inteligencia al asunto que tenía que resolver ó á que se encontraba dedicado en cada momento, y eso con tanta intensidad, que ninguna otra preocupación, por gra-

vé que fuese, podía en tales instantes venir á susurrar á su oído palabras que lo desconcertaran ó desviasen del objeto de su atención.

Dado el género de vida que llevó el doctor Holguín y el espíritu de combatividad que lo animó siempre, no fue ni podía ser abundante su producción literaria. La misma facilidad que tenía para escribir y que le permitía enviar los manuscritos á la imprenta tales como salían al correr de la pluma, tenía que ser un inconveniente para la producción de escritos que exigen reposo y consagración suma y el pulir y repulir de la forma literaria. Pero así y todo y sin ser crecido el número de sus escritos de índole propiamente literaria ó histórica, sí puede afirmarse que son muy apreciables por la facilidad y limpieza del estilo, por la gracia y donaire de muchas páginas, por la viveza de las imágenes y por otras muchas condiciones que hacen deleitable su lectura. No hace muchos meses, uno de vosotros mismos, el señor Suárez, ponía el indiscutible sello de su autoridad al juzgar la obra escrita de Holguín, diciendo que toda ella "se presenta como ejemplar de verdadera ciencia y de forma ática modelada por uno de los mejores estilos que posee la literatura patria."

Entre tales escritos literarios figura en primer término el estudio con que dio á conocer en Colombia, en 1868, la epístola en verso de Núñez de Arce á don Antonio Hurtado, conocida con el nombre de *La Duda*. Redactaba entonces Holguín el periódico *La Prensa*, y allí publicó aquel canto magnífico, precedido del estudio á que me refiero. Núñez de Arce no era aún conocido en América y apenas si había sonado su nombre en España; así que cuando aquella epístola poética llegó á Bogotá, no podía darse noticia alguna sobre la persona de su autor. Las relaciones literarias entre la República y su antigua metrópoli, eran por entonces escasísimas, casi nulas; no solamente no existían relaciones políticas de ninguna clase, sino que tampoco se había establecido el intercambio comercial entre uno

y otro país. Apenas si por entonces llegaban desde España á estas comarcas algunos periódicos ilustrados. Los diarios políticos de Madrid eran aquí tan desconocidos que el mismo doctor Holguín dice en el escrito de que os hablo:

"Hoy nos es desconocido por lo general el movimiento literario y nos es extraño lo que pasa en la península, excepto sus infortunios y decadencia de que á menu lo nos hablan con refinada malignidad y exagerado desdén los ingleses y franceses, nuestros principales corresponsales en Europa."

Y este mismo aislamiento en que estaba á la sazón Colombia respecto á la madre patria demuestra la sagacidad y rapidez de juicio de Holguín al juzgar la obra de Núñez de Arce, pues no vaciló en considerarla desde el primer momento no ya sólo como una obra maestra, sino como "precursora de una época de renacimiento social y político para España." Parecióle, además, al leer aquellos versos, que la antigua poesía castellana había encontrado un nuevo y digno ministro, y escribía estas líneas que muestran los sentimientos que abrigaba hacia España: "Nosotros, que á pesar de todo, no podemos prescindir del sentimiento de gratitud y de ternura que nos liga con la tierra de nuestros padres, sentimos nuestra sangre agitarse con noble orgullo cuando se ofrece á nuestra admiración uno de esos brillantes destellos del genio español, como cuando recordamos las hazañas homéricas de la conquista, á Lepanto ó á San Quintín..... Creemos, agregaba, que no habrá lector de *La Prensa* que no experimente, como nosotros experimentamos al pasar por primera vez nuestra vista por esos versos, un sentimiento de admiración y de sorpresa desde los primeros renglones. Y si el lector es aficionado á estos asuntos, si tiene gusto especial por este género de bellezas, sentirá también, como nosotros lo hemos sentido, ese placer bañado en melancolía que produce en nuestra alma la vista de un objeto querido después de una

larga ausencia, ó el renacimiento de una esperanza cuando se creía el corazón ya muerto.”

Es digno de notarse en estos conceptos aquella especie de salvedad “á pesar de todo,” que aparece al frente de las líneas transcritas. Esas pocas palabras reflejan cómo por aquella época palpitaban todavía en esta sociedad los resentimientos originados por la gran lucha de independencia, y son por lo mismo de mucho mayor precio la sinceridad y franqueza, propias de su alma, con que Holguín expresaba desde entonces sentimientos de gratitud y de afecto hacia la nación española.

En el propio artículo proclamaba su autor la necesidad de volver á poner los estudios clásicos como fundamento indispensable de la educación escolar. Las enseñanzas de griego y de latín, así como las de filosofía, habían desaparecido de nuestros planteles de educación, y carecía de todo nervio, de todo vigor, la literatura superficial é incolora que se dictaba en los pocos establecimientos escolares de entonces. Llegóse en el camino de la más extraña exageración á convertir en cuestiones políticas muchos puntos literarios; á considerar como espíritu poco amigo de las libertades públicas á quien fuese aficionado á la lengua latina, y se tachaba de algo así como de monarquistas á quienes usasen, por ejemplo, la letra griega al escribir la conjunción *y*. Cúpole la honra á esta docta Academia de poner fin á aquellas exóticas preocupaciones, y á varios de sus más ilustres miembros el dar nuevo y vigoroso impulso al estudio de las humanidades. Oigase lo que sobre esta materia sostenía Holguín en aquel tiempo:

“Desgraciadamente entre nosotros se nota ya el efecto de la tendencia que han mostrado espíritus superficiales á desviar á nuestra juventud del estudio de lo que se ha llamado ‘los clásicos,’ estimulando su ignorancia y su indolencia con el sofisma de que una nación inteligente debe ser creadora de su literatura, debe formarse ella misma

sus modelos. En hora buena que así fuera, si el estudio de las obras maestras hubiera de conducir sólo á la servil imitación, si hubiera de ser traba puesta al genio para que no pudiera desplegar sus alas. Pero si, por el contrario, es, como debe ser, alimento y fuerza á un tiempo, estímulo y guía, y brújula en las soledades de lo infinito, polvo de diamante para dar su pureza y su esplendor al brillante mismo, entonces es falta de caridad, es delito, es crimen desviar á las imaginaciones jóvenes de esas fuentes puras de bellezas y de perfecciones. Por sobre ellas el tiempo nunca pasa: lo bello no está sujeto al capricho de la moda, y en las bellas artes puede decirse que la humanidad tiene poco que descubrir.”

En cuanto al juicio de Holguín sobre el fondo mismo de la poesía de Núñez de Arce, permitidme reproducir este magnífico trozo citado ya por el señor Caro en el prólogo á la edición bogotana, hoy en extremo rara, de los poemas del gran lírico español:

“Sólo un espíritu creyente y un corazón sensible, puede comprender, sentir y pintar, como el señor Núñez de Arce, al dolor retirado en una solitaria celda, sublimado en la plegaria, con la esperanza puesta en la cruz de Jesucristo, buscando la salud en la voluntaria anulación del cuerpo.... Sólo un corazón sensible y un espíritu creyente puede buscar la paz del alma en el alejamiento de una sociedad descreída, y amar la soledad y el reposo y temer que el ímpetu violento de la ambición torne á arrojar su barquilla al mar revuelto del mundo. El hombre que no ama, que no cree, que no espera, no se halla bien á solas consigo mismo, ni con la naturaleza, ni con Dios.”

Otros estudios de carácter literario ó histórico publicó más tarde el doctor Holguín en *El Repertorio Colombiano*, monumental publicación que dilató y enrobusteció el prestigio literario de Colombia así en España como en América,

desde las regiones "del Anahuac feliz" hasta "los valles de Chile afortunado," y las comarcas donde el rico Plata arrastra al atónito mar "de cien potentes aguas los tributos." Ninguna publicación alcanzó antes ni después en Colombia tan alto renombre, ni creo que la América española presente otra alguna que la supere. ¡Quiera Dios que al renacimiento de esta Academia corresponda también la publicación de alguna revista que recuerde de cerca al *Repertorio*, y que ofrezca á nuestros hermanos de lengua de uno y otro hemisferio nuevas y vigorosas muestras del ingenio colombiano!

En el primero de los escritos del doctor Holguín, publicados en *El Repertorio*, examina su autor no propiamente las causas de la emancipación americana sino las dificultades que tuvieron que vencer los libertadores para llevar á cabo la portentosa empresa, y analiza, de otro lado, los resultados inmediatos de la independencia. Las mayores dificultades que hallaron en su camino esos hombres extraordinarios estuvieron, según la mente de Holguín, no sólo en los esfuerzos de España por conservar su poderío en estas comarcas, sino en la organización de las colonias, en los sentimientos que en ellas prevalectán, en los intereses vinculados al régimen existente; y tales dificultades se presentan á su vez como origen del rigor excepcional de la guerra, de su larga prolongación, y como causa indirecta, por lo mismo, de las desdichas á que han estado sujetos estos países en el curso de su vida independiente. La preponderancia que ha tenido en muchas épocas y en casi todo el continente el elemento militar, las casi no interrumpidas revoluciones, los gobiernos dictatoriales, aparecen en aquellas páginas como resultado forzoso de la manera como se llevó á término la separación de las colonias americanas. La guerra engendró la guerra; los hábitos adquiridos en los campamentos pasaron luégo á la vida política; las nociones sobre el derecho de propiedad quedaron muy confusas é inciertas; el espíritu

revolucionario llegó á inculcarse, como germen destructor, en el organismo de las nuevas naciones. Y de ahí aquellas visiones de tristeza y de melancolía profunda que acompañaron á Bolívar en los últimos años de su fulgurante existencia, y las expresiones de amargura y desesperanza que brotaron de sus labios proféticos, y que repercuten como infaustos augurios á través de los tiempos y en medio á las páginas, tantas veces sombrías, de la historia americana.

De ahí también la nota de pesimismo y desaliento que domina en el citado estudio histórico y que aparece más acentuada en su segunda parte, donde el autor llega á considerar que el movimiento de independencia fue prematuro. Tal vez, pensaba el autor, si hubiesen pasado algunos años, la transformación política de estas comarcas hubiérase cumplido en forma más suave, hubiera sido menos violento el tránsito de un régimen á otro; las repúblicas americanas habrían hallado así una base más firme para su organización, y su existencia presentárase acaso más tranquila y más halagüeña.

No puede dudarse, sin embargo, que tales sentimientos de tristeza y desencanto se formaron en el ánimo de Holguín y salieron de su pluma á causa de la impresión producida por la contemplación de los infortunios patrios. Las continuas zozobras de que ha sido víctima la América española, aquellas fluctuaciones en que se ha mecido su existencia, entre los despotismos de un lado y la revolución del otro, llevaron por un momento á su espíritu (inclinado siempre por naturaleza á ver las cosas por el aspecto más favorable y lisonjero), á dudar por un momento de la oportunidad del movimiento emancipador. Véase una muestra de la manera brillante como expresaba sus ideas:

"Para los que hemos visto el fin del reinado de Fernando VII, la guerra civil de la sucesión española, el reinado de doña Isabel II, su caída, la república, la anarquía y el desconcierto de España, es incuestionable que si nues-

tra guerra de independencia se hubiera retardado hasta nuestros días, España no habría podido oponerse á ella con la tenacidad y la fuerza con que la combatió á principios del siglo. Una guerra pasajera, que no habría alcanzado á desmoralizar el país, ni á entronizar el elemento militar, habría bastado, junto con los esfuerzos de la prensa libre y el interés de la Europa, para completar la obra de Colón de dar vida á este continente.... En todo caso, es seguro que hoy no habríamos necesitado un número tan crecido de hazañas inmortales, y esto sólo bastaría para que tuviésemos en solidez de gobierno y de carácter público, una gran parte de nuestro caudal novelesco y legendario. No tendríamos tanto material para mármoles y bronce, tantos elementos para una grandiosa epopeya pero tendríamos magistrados respetables y respetados, leyes con autoridad, ciudadanos que supiesen obedecer y que fuesen capaces de vivir reunidos respetándose mutuamente. Malo es que una república tenga esclavos, que la esclavitud ha sido cáncer corroedor de las sociedades donde ha logrado incrustarse; pero es peor una república sin hombres libres; y no pueden jactarse de serlo los que viven en una sociedad que ha sacudido el yugo de las leyes positivas junto con el de los preceptos divinos. La libertad que no tiene por fundamento la obediencia á la ley, el respeto á la autoridad y el temor á Dios, es la libertad de la bestia en el desierto, la del salvaje en las selvas, esclavos ambos del instinto brutal de sus pasiones."

Difícil sería, por lo demás, suscribir á la idea cardinal que informa aquel estudio. ¡Quién puede penetrar en ese abismo recóndito é inmenso que Dios guarda para sí y en donde se desarrollan los sucesos infinitos que caen bajo el dominio de lo posible, pero que no llegaron á realizarse en el tiempo! El hombre, esencialmente libre, se mueve dentro de la esfera que trazó la providencia, y no podemos, al juzgar los grandes sucesos de la humanidad, apartar la vis-

ta del elemento de libertad que va envuelto en todos ellos; pero tampoco podemos olvidarnos de la fuerza directiva infundida en ellos por Dios desde toda eternidad. Y por lo mismo, cuando aparecen sobre la tierra aquellos hombres extraordinarios que imprimen, con mano visible, rumbo preciso y seguro á los acontecimientos humanos, el común querer de los pueblos les da el nombre de providenciales, y lo son en realidad, como los mismos acontecimientos decisivos en que ellos intervienen. Acerca de esto decía, hace ya varios años, con magistral elocuencia, el señor don Marco Fidel Suárez:

"Si hay una sabiduría y un poder supremos que gobiernan el universo, debe haber medios, más ó menos importantes, de que Dios se vale para realizar sus fines; si existe la providencia, existe lo providencial. El ser que rige lo material con leyes constantes, ha entregado las acciones morales á la responsabilidad humana, pero ha hecho paralelos esos dos órdenes de fenómenos, de modo que las acciones libres se verifican dentro de un medio fatal, que son las circunstancias. Estas últimas son las que unas veces secundan los esfuerzos y planes del hombre, y otras los deshacen; por lo cual se ha dicho que en toda empresa concurren el genio, la ocasión y la fortuna: el genio pone el esfuerzo y traza la carrera; la ocasión y la fortuna forman el plano en que ella debe desarrollarse; el uno se lanza en pos de mundos y conquistas; las otras son el alisio que impulsa ó el aquilón que estrella, el frío que congela el lago en Austerlitz ó la lluvia que impide el movimiento en Waterloo. En este sentido, siempre que en una nación se cumplen revoluciones notables, los que las conducen son hombres fatales ó providenciales, secundados por Dios para realizar altos fines; y cuando se les da esos calificativos, no se les rinde homenaje á ellos sino á la Providencia, en cuya mano esos instrumentos son aristas secas y á cuyos ojos la obra que el genio realiza es espuma de un momento."

Vistas así las cosas, y no apartando la consideración ni aun de los mismos errores y faltas de los hombres, no creo yo que haya temeridad en considerar que el movimiento de la independencia americana se desarrolló y encontró su cabal cumplimiento en el momento oportuno. No puede, á la verdad, explicarse de otro modo el fenómeno extraordinario de la simultaneidad del grandioso pensamiento en uno y otro extremo del continente, y aun ciertas circunstancias que aparecen idénticas, lo mismo en Nueva Granada que en Venezuela, en Chile y en las Provincias del Plata; ni el hecho pasmoso de haber surgido aquí y allí hombres superiores, en quienes resplandecen de modo admirable las dotes necesarias para llevar á término la obra colosal. Al contemplar todos esos varones fuertes y generosos que concibieron la idea de la emancipación, y que para realizarla no omitieron sacrificio alguno, héroes desde el primer día, nacidos para el combate, diestros desde niños en el arte de mandar, á quienes los linderos de las colonias parecían venir estrechos, ¿cómo podríamos pensar que hombres tales hubieran podido dejar correr su existencia en la monotonía de la vida colonial, sin aspiraciones á la gloria ó con aspiraciones muy secundarias? Ni aquel hijo de Santafé, que se llamó don Antonio Nariño, ni el héroe excelso cuya "cuna asombra el Avila," habrían logrado dominar y guardar escondidos los ímpetus del genio creador.

La sola existencia de Bolívar, la multiplicidad de sus facultades, su visión profética, su genio guerrero, su elocuencia dominadora, su constancia en la adversidad, revelan y proclaman que el movimiento por él personificado tenía que cumplirse bajo las inspiraciones de su mente y mediante el poder de su espada. Los mismos infortunios de que ha sido víctima la América española era natural que viniesen, pues sólo por excepción escapan los pueblos de atravesar la oscura selva de las convulsiones sociales; y no ha sido patrimonio exclusivo de estas naciones ni de estas razas el encontrar grandes obstáculos para consti-

tuirse y organizarse, y el andar muchas veces como á ciegas, cayendo un día y levantando el siguiente, oscilando entre abismos opuestos, víctimas hoy de su propio desconcerto, mañana de la rapacidad del más fuerte.

Un hecho histórico de grande importancia, posterior al estudio que motiva estas consideraciones, las confirma á mi entender y les sirve de argumento. Refiérome á la guerra de Cuba que determinó su independencia. Lo cruento y terrible de la lucha, por una parte, y por otra la política española que precedió á la emancipación de la isla, demuestran que si la independencia del continente se hubiera aplazado aún por muchos años, los mismos fenómenos que presencié el nacimiento del siglo XIX hubieran aparecido en sus postrimerías, el mismo encarnizamiento y la misma tenacidad. No habría habido una separación paulatina y suave sino un hostil rompimiento. Eso se imponía por la naturaleza de las cosas, por las condiciones de bizarría y bravura del pueblo español, poco inclinado á la transacción, defensor incansable de sus ideales, listo primero á romperse que á doblarse.

Sia compartir, pues, el pensamiento fundamental del memorado escrito de Holguín, cábeme sí agregar que en él campean una ilustración vastísima, conocimiento de la época, dominio del asunto, envuelto todo ello en un estilo siempre fácil y elegante, á veces elocuente, como se ve en las líneas ya transcritas y en estas otras con que termina:

"Así comenzó nuestra gloriosa revolución, siendo al principio unos pocos ciudadanos los únicos depositarios del secreto que encerraban las protestas de adhesión y fidelidad al príncipe cautivo. La obra redentora se emprendió con la vista en las generaciones futuras y la mente y la confianza en Dios. Si su pensamiento no se ha realizado en todas sus partes; si los resultados no han correspondido á la pureza de las intenciones, y si nosotros no aparecemos todavía dignos de tamaño sacrificio, de abne-

gación tan meritoria, eso no amengua su mérito, ni empafia su lustre, ni disminuye en nada la inmensa deuda de gratitud á que es acreedora su memoria. Cuando la experiencia de los años y la mano de Dios restablezcan el equilibrio natural de las fuerzas sociales dislocadas hoy, y la América venga á ser puerto de salvación para esta civilización cristiana combatida en Europa por tantos elementos contrarios y disolventes, se verá que, como ha dicho el general Posada Gutiérrez, la independencia en todo caso fue un gran bien, y la obra inmortal de nuestros padres brillará con luz eterna y apacible sobre el pedestal inmenso de los Andes."

De índole muy distinta al anterior es el estudio sobre *Desbarreaux, su época y su soneto*, que apareció en 1879. Como obra literaria paréceme una verdadera joya, no por la originalidad ó novedad de los hechos narrados, cosa casi imposible en un ensayo de ese género, sino por la amenidad é interés del relato, por la animación de los episodios, por la limpidez del estilo. Tanto la ojeada general sobre el reinado de Luis XIII, como el romántico relato de los amores de Desbarreaux, se presentan con tanto atractivo, con interés tan palpitante, que el lector no consigue dejar de las manos esas páginas bellísimas y verdaderamente conmovedoras. Bien puede, por lo demás, asegurarse que los conocimientos históricos que brillan en aquel ensayo son completos, como eran los que poseía Holguín sobre otras muchas épocas pasadas, interesantes ó gloriosas, pues su mente se iba siempre con particular deleite hacia tal género de estudios, en los cuales llegó á poseer excepcionales conocimientos, que él sabía aprovechar oportunamente en debates parlamentarios, según lo notó ya, en memorable discurso necrológico, el señor Martínez Silva, de grata memoria para vosotros.

La historia, verdadera ó novelesca, del soneto que ha perpetuado el nombre de Desbarreaux en la literatura

francesa del siglo XVII, es interesante por demás. Manuel Desbarreaux, célebre en sus días por su impiedad y costumbres licenciosas, cae herido de terrible enfermedad en la aldea de Mirecourt, donde ya antes había trabado afectuosa amistad con el insigne apóstol Pedro Fourier, á quien hoy venera en los altares la Iglesia católica. Esta amistad había llevado al alma del incrédulo algunos rayos de luz, y el padre Fourier, al ver la situación de su amigo, acude presuroso al lecho de muerte. Pero aquella lumbre sobrenatural apenas había roto levemente las tinieblas del alma pecadora, y no bastó á impedir que allí, en ese recinto cuasi fúnebre, se estableciera entre el enfermo moribundo y el sacerdote compasivo, una lucha terrible, de angustia suprema: la desesperación que no se rinde y la misericordia que busca fe y arrepentimiento. Y el combate pavoroso crece, crece á cada momento, hasta que el poeta, envueltas sus horribles deprecaciones en versos magníficos, entabla con el ministro de Dios un diálogo tremebundo, que semeja el cruzamiento de rayos en una tempestad, pero que termina, al finalizar la última estrofa, con una palabra sublime, incomparable, hija de la fe.

Más bien que presentaros el soneto en la amable lengua en que fue escrito, prefiero, para solaz vuestro y regocijo mío, recordaros la versión castellana que, con ocasión del artículo de Holguín y á él dedicada, publicó años después el señor don Antonio Gómez Restrepo. Los rayos de luz que la irisan aclaren y disipen las nieblas de este discurso:

Siempre en tus fallos la equidad austera  
Templada está por el amor clemente ;  
Mas he sido, Señor, tan delincuente,  
Que otorgarme el perdón, injusto fuera.

Elija, pues, tu rectitud severa  
El suplicio eternal que me atormente :  
Tu interés en mi dicha no consiente,  
Y aun tu bondad mi perdición espera.

Cúmplase, oh Dios ! tu soberano anhelo :  
 Desóye los gemidos de mi duelo ;  
 Lánza tu rayo sobre mí, indignado ;  
 Yo tu justicia, al expirar, bendigo...  
 ¿ Mas sobre qué lugar caerá el castigo  
 Que en sangre de Jesús no esté bañado ?

En la misma colección del *Repertorio* figuran otros escritos de Holguín en forma de revistas de Europa, los cuales cautivan la atención así por la exactitud y claridad con que aparecen allí juzgados hombres y sucesos importantes, como por los datos en que abundan referentes á costumbres sociales, al movimiento político y religioso de Francia, á aplaudidas representaciones dramáticas, etc. Fácil cosa sería extractar de allí páginas en extremo interesantes, cuya lectura parece llevarnos á los días en que, con calor inaudito, se debatían en Inglaterra las cuestiones relativas al *Home Rule* ó en Francia los famosos decretos de Jules Ferry contra las comunidades religiosas. Véanse estas líneas acerca de Gladstone, dignas realmente de quien estaba avezado á la lectura de Macaulay :

“ Los representantes de la *Land League* adoptaron procedimientos dilatorios para estorbar la expedición de todo acto del parlamento que pudiera tender á favorecer la unión de los dos pueblos. La lucha fue larga y tenaz. Por fin se resolvió Mr. Gladstone á proponer el *Coertion Bill*, que el parlamento expidió antes que la ley que pudiéramos llamar agraria. Medida terrible fue aquélla, y vimos salir, echados de sus curules, á unos cuantos representantes irlandeses que rehusaron obedecer mientras no se emplease la fuerza material contra ellos. Y se empleó la fuerza material. Entraron oficiales del parlamento que pusieron la mano sobre los hombros de los diputados expulsados, y éstos, al salir, declararon que cedían á la violencia. Nadie se atrevía á culpar al gobierno que notoriamente había evitado hasta lo último semejantes medidas, que el

sistema obstruccionista parecía hacer indispensables. Y sin embargo, á cuantos los vimos salir, á Ingla terra entera, al gobierno mismo, á todos nos parecía que con ellos salía la libertad inglesa, la tradicional y nun ca hasta entonces desmentida inmunidad de la tribuna. Y oí el admirable discurso de Mr. Gladstone, en que resumió y contestó cuantas objeciones se habían hecho en el debate á aquel acto y á los de naturaleza semejante que se veían sobrevenir. Grande fue la impresión que produjo en mi ánimo aquella elocuencia sobria y erudita á que estamos tan poco acostumbrados. A veces cerraba los ojos y me parecía estar oyendo leer páginas de Hallam ó de Macaulay sobre las leyes fundamentales del reino. Pero á través de aquella dicción sonora, de aquel continente reposado, de aquella dignidad regia, yo creía descubrir en la imponente y majestuosa figura del grande hombre de estado, un fondo de tristeza, como si le quedase alguna duda de si semejante golpe dado á la libertad inglesa estaría bien justificado por la dura necesidad.”

Mas de todos los escritos que se registran en el *Repertorio* y que llevan la firma de Holguín, á ning uno supera seguramente por la brillantez del estilo, por la exactitud de las ideas que encierra, por la donosura de los conceptos, á la carta que escribió, en ocasión memorable, á don Pedro Antonio de Alarcón, y que corre allí junto con las del mismo Alarcón y del señor Caro, á que sirve aquélla de complemento necesario.

Dio ocasión á una animada polémica entre el renombrado novelista español y el gran literato colombiano, aquel verso que este último estampó en la primera estrofa de su oda inmortal al Libertador :

Tu diestra de los Incas vengadora.

El insigne don Pedro Antonio, dejándose vencer por un momento de exagerado puntillo, tomó como ofensivo para España aquello de que Bolívar hubiera sido

el vengador de los Incas. Quejóse primero en privado á su amigo Holguín; y luégo, en una carta dirigida á la publicación *España y América*, propuso se estudiase el punto con criterio histórico.

El señor Caño, por su parte, hizo una defensa completa de aquel renglón métrico, en carta que desde una casa de campo dirigió al doctor Holguín; éste la pasó muy luégo á manos de Alarcón, quien al devolverla consignó en su epístola nuevos argumentos y razones en favor de su tesis. A esta carta replicó Holguín, pocos días después, con otra que puso punto final á la amistosa y cordial polémica.

Diffícil era, á la verdad, terciar en debate tan hábilmente sostenido por una y otra parte, con tanto acopio de erudición, en forma tan gallarda y convincente. Y así y todo, seguro estoy de que no habrá habido lector de la interesante correspondencia literaria, que no haya pensado, al saborear la última de aquellas cartas, que ella no cede en originalidad á ninguna de las otras, y que compite en solidez de argumentación con la del gran polemista bogotano, en la sal y donaire, con la del regocijado escritor de Guádix.

He mencionado á Alarcón. Su nombre es el de uno de los amigos más afectuosos que conoció Holguín en toda su variada existencia. Rara vez, cuando se ha andado la mayor parte del camino de la vida, llegan á encontrarse dos hombres y á comprenderse y á quererse tanto, como sucedió á Pedro Antonio de Alarcón y á Carlos Holguín. Su nombre trae además á mi memoria el recuerdo de la época en que Holguín, representante del gobierno de Colombia, vivió en Madrid, y me hace ver los honores y agasajos que allí recibió, los tributos de amistad que se le dispensaron pródigamente.

Fue aquella época, allá por los años de 1882 á 87, verdaderamente dichosa para las letras castellanas y para la monarquía española. En los últimos días de la restauración, y primeros de la regencia, soplaban en la península ibérica vientos de prosperidad y de gloria.

Dominados los movimientos de guerra civil que habían mantenido en agitación continua el país durante largos años, á causa de las cuestiones dinásticas, establecido un régimen constitucional en cuyo sostenimiento se hallaban comprometidos dos partidos moderados pero vigorosos, encabezados por eminentes hombres de estado, aletargado ó adormecido á lo menos el problema de Cuba, España veía entonces crecer su prestigio y se presentaba como en sus mejores días ante los pueblos de uno y otro continente. Y al rededor del trono del joven monarca, luégo en torno del rey niño, ¡qué de figuras excelsas en las letras y en la poesía!

qué pléyade de artistas y escritores!  
En la luz, en las ondas, en el viento,  
hallaba inspiración el pensamiento,  
gloria el soldado y el pintor colores.

Eran los días en que la musa de Zorrilla aún no había callado para siempre, y deleitaba, en la fresca ancianidad del poeta, con la magnificencia no igualada del lenguaje, con el ritmo musical de las estrofas. Entonces Campoamor formaba el encanto de un número crecido de lectores y de un número mayor aún de lectoras, con las producciones de su ingenio originalísimo, que acertaba á encerrar grandes sentencias y enseñanzas profundas en brevísimas doloras ó en poemas pequeños. Y al lado de Campoamor, Emilio Ferrari, con sus versos sonoros como bronces bien templados; Manuel del Palacio, con sus sonetos clásicos y sus coplas y romances, tan picarescos y llenos de donaires; y como renuevo de los mejores días del habla castellana, como príncipe del parnaso, como vate inspiradísimo y consumado artista de las más nobles formas métricas de la lengua, ostentábase Núñez de Arce, que año tras año se imponía á la admiración pública con sus poemas inmortales.

Y al par de los líricos, cuantos dramáticos insignes que se hombrean en la historia literaria de España con los de



las épocas clásicas: García Gutiérrez, resto glorioso de la generación romántica; Tamayo y Baus, López de Ayala, Echegaray, á quien circundaba entonces la más entusiástica popularidad.

Florece por aquella misma época la alta crítica literaria en forma tan admirable cual no se hubiera visto antes en época alguna. Personificábanla don Manuel Cañete, Cuetto, Fernández Guerra, Valera, Menéndez Pelayo, quien asombraba al mundo por la precocidad de su ingenio, por la inmensidad de sus conocimientos filosóficos, literarios é históricos, por la originalidad y penetración de sus juicios, que llevan el sello de lo definitivo, por el vigor y majestad del estilo, que con ningún otro se confunde.

El mismo Valera, con sus formas limpias y elegantes, que parecen destellos del arte helénico, Alarcón, doña Emilia Pardo, Pérez Galdós, Pereda y no pocos más elevaban al propio tiempo la novela española á un grado de esplendor no conocido después de los días de Cervantes. Mientras tanto, la tribuna parlamentaria resonaba con voces tan sabias y tan elocuentes, que las cortes españolas no podían ceder ventajas á ningún parlamento europeo; allí vibraba aún la palabra de Castelar; se destacaban en todo su apogeo Nocedal y Silvela, Martos, Pidal y Mon, Sagasta, Moret, Cánovas del Castillo.... Cánovas, á quien se apellidaba "el monstruo," que así dominaba la política, como presidía academias y ateneos, y comunicaba atómico impulso á los estudios históricos y literarios y al movimiento social; el gran Cánovas del Castillo—como lo ha llamado recientemente don José de Canalejas,—á quien se consideraba entonces, sin disputa, como la personificación más alta del pensamiento español.

A ese gran centro de cultura, á esa alegre cuanto erudísima metrópoli, llegó don Carlos Holguín, con la misión de apretar lazos de amistad y de establecer relaciones oficiales entre Colombia y la vieja madre. Mucho tiempo había pasado desde que la guerra de independencia convirtió el

antiguo virreinato en nación independiente, y tardaba el momento en que, depuesto el rencor y trocado en himno de paz el canto de guerra y la "querrela de muerte," ondearan juntos, en cielos de gloria, los pendones de Bailén y Boyacá. Mas era forzoso para ello romper el hielo que envuelve siempre las rígidas relaciones diplomáticas, era preciso acercar las inteligencias y hacer palpar unísonos los corazones; era preciso que en reuniones literarias y en centros sociales, lo mismo en la corte que en los hidalgos hogares madrileños, Colombia entrase y tomase posesión, y fuera vista por todos y tratada como persona de casa. Y esto fue lo que el Presidente Núñez encargó á su antiguo y constante amigo, y esto lo que Holguín alcanzó con éxito superior á todo lo imaginado, desde el primer día, cuando cruzó con el gallardo rey los discursos de ordenanza. La gentileza española no tuvo para él desde ese momento sino afabilidad exquisita y cortesana consumada, y aquellos hombres que dominaban con sus talentos y ciencia enorme las tribunas, la cátedra y la prensa, lo recibieron como á antiguo camarada y á su lado lo sentaron, no como á huésped bien venido, sino como á miembro de familia, que vuelve tras años de ausencia al caro hogar paterno.

Así la obra de acercamiento entre España y Colombia que iniciaron en 1870 algunos literatos bogotanos y que se personificó en la fundación de este instituto, alcanzó su remate y corona en la misión encomendada al cuidado de Holguín, misión que, á Dios gracias, redundó en bien de la patria y que estableció un lazo indestructible entre su nombre y esta Academia.

La Real Española abrióle, por su parte, sus puertas gloriosas. El mismo, en carta íntima de familia, narra con candor é ingenuidad los pormenores honrosísimos de su presentación á la Academia y de las emociones que embargaron su espíritu. Permitidme leer algunas líneas alusivas á aquel hecho:

“Antenoche tuvo lugar la votación en la Academia para admitirme, y lo fui por unanimidad, cosa que hacía años no se veía, pues según me dijo Catalina, que se vino en el acto á traerme la noticia, nunca ha faltado algún mal intencionado, por lo menos. Al poco rato tenía varias cartas de amigos felicitándome, y al siguiente día muchas visitas..... Te aseguro que en esta ocasión he tenido uno de los mayores placeres de mi vida, al que no le ha faltado sino que tú me hubieras acompañado á saborearlo. Me es sobre todo muy satisfactorio no haber hecho nada para obtener este honor, ni insinuación, ni palabra, ni haber pensado siquiera en aspirar á merecerlo. Catalina, Alarcón, Cañete, Casa Valencia, Menéndez Pelayo y Núñez de Arce, han sido los que han tomado á su cargo apadrinarme desde el principio hasta el fin, y Campoamor, que ha venido quejosísimo de que yo no le hubiera hablado á él, creyendo que habría yo dado algún paso por mi cuenta. Desde el jueves próximo comenzaré á concurrir á la Academia. Lástima no saber algo de verdad.”

La misma correspondencia de familia contiene páginas admirables, como aquella sobre Roma, publicada, en ocasión memorable, por nuestro propio queridísimo Director en la REVISTA DEL ROSARIO, y la narración de no pocos incidentes de carácter literario, interesantes para la Academia Colombiana y para varios de sus miembros. Así, por ejemplo, cuando el doctor Holguín refiere que Alarcón iba á escribir la ya citada carta sobre el discutido verso de Caro al Libertador, se cuida de agregar que tanto Menéndez Pelayo como Núñez de Arce, no hallaban justificados los reparos del insigne andaluz. El pleito estaba, pues, fallado de antemano en favor del poeta por el mayor de los críticos de España y por el príncipe de sus vates.

Referentes al mismo señor Caro, á Arboleda y á Fallon encuentro allí palabras como éstas, que vosotros oiréis con placer :

“Menéndez Pelayo estuvo ayer aquí conmigo, y nos quedámos por más de cuatro horas conversando y leyendo algunas cosas de las que traje de allá. Mucho le han gustado algunos trozos del *Gonzalo de Oyón*, de Arboleda, que considera de primer orden. Creí sorprenderlo con la *Oda* de Miguel Antonio, pero ya se la sabía de memoria, y la considera no sólo como el monumento que quedará del centenario, sino como monumento también de la lengua. No sé si los demás académicos la conocen, y por si no, voy á ver si Cañete la lee en la próxima sesión.”

“Ya Menéndez Pelayo me había dicho, y Núñez de Arce me lo repitió, que el primero le había hecho leer el prólogo de Miguel Antonio á sus poesías y que le había gustado muchísimo. Siento mucho, añadió, que el señor Caro no hubiera suscrito esas páginas de tanto mérito. Como juicio literario, dijo que era la primera vez que se había visto juzgado, pues lo que ha visto, todo ha sido aplauso ó vituperio apasionado y exagerado, y que Miguel Antonio tenía razón hasta en las observaciones en que él (Núñez) no estaba enteramente de acuerdo, que con la mayor parte lo estaba. El, como el Marqués de Molins y todos los demás, hablan con entusiasmo de los trabajos literarios de Bogotá, y sobre todo de la cooperación de aquella Academia á la de aquí.”

“Mucho he hecho leer aquí la poesía de Fallon á *La Luna*, que publicó *La Ilustración*, y las poesías de Bello. Por todas partes oigo con satisfacción la impresión que han causado, especialmente el prólogo de Miguel Antonio. Menéndez Pelayo decía en días pasados, delante de muchos de estos literatos, que en español jamás se había escrito crítica literaria como la que está escribiendo Caro.”

Cuando así hablaba Menéndez Pelayo, es claro que no ponía en la cuenta, ni podía poner, sus propios estudios de literatura y de historia.

Ved ahora estos párrafos en que se relata una escena bellísima en casa del Conde de Cheste, Director de la Academia :

“ La comida anual del Conde de Cheste á la Academia fue este año mucho más concurrida que de ordinario, y la velada literaria que siguió, un verdadero certamen. Allí Campoamor, Núñez de Arce, Madrazo, el Duque de Rivas, el Marqués de Molins, Balaguer, Alarcón, etc., dijeron ó leyeron cosas muy buenas; Núñez de Arce no llevó nada nuevo, y lo forzaron á leer su *Idilio* viejo, que es popular en extremo.

“ Estábamos también Calcaño, Peralta, Ministro de Costarrica, y yo, y nos invitaron para que leyésemos ó dijésemos algo. Calcaño leyó un fragmento en prosa, y Peralta unos versos á Irlanda. Cuando esto pasaba, ya me había excusado yo de decir nada ; pero al terminar Peralta comenzaron á llamarme de todas partes, y sin pensar en qué diría, me dirigí al asiento solitario en medio del salón y de un silencio aterrador. Mientras recapacitaba qué decía, comencé por declararles con franqueza que yo no era poeta; pero que en mi calidad de Ministro suponía no me negarían el derecho de prestar voz y caución por los poetas de mi tierra, y que por eso y por allanarme al consejo de Larra, de más bien entretener con cosas ajenas que fastidiar con las propias, iba á decirles algo de alguno de mis paisanos. Todos dijeron á un tiempo, entre risas de duda, “ muy bien, muy bien,” creyendo sin duda que yo quería ocultarme por modestia tras de algún nombre conocido. Ya tenía entonces resuelto decirles las décimas de Pombo en el matrimonio de Wenceslao Borda, que aquí ninguno conocía. Cuando principiaba la tercera, ya todos habían acercado sus asientos, y las señoras que estaban más retiradas habían invadido el espacio y ofan con avidez. De allí en adelante todo fue aplausos é interrupciones, y cuando terminó, apretones de manos y felicitaciones. Lo gracioso

del cuento es que cuando yo declinaba las congratulaciones y les decía que eran décimas de Pombo, todos se reían. Sí, sí, buen Pombo es usted. Tamayo me decía : usted es un grandísimo vagamundo ; voy á escribirle á Pombo que usted le está aquí atribuyendo sus cosas. Y mientras más me esforzaba en decir que eran de Pombo, como lo dije desde antes de comenzar, menos lo creían, y estoy seguro de que casi todos creen todavía que soy poeta y que he hecho esas décimas. De todos modos, el nombre colombiano quedó bien puesto. Mucho vacilé en lo que había de decir, pero el resultado me prueba que acerté bien en la elección. Muchas personas, entre ellas la hija del Conde, me pidieron copias de las décimas.”

Hasta aquí las palabras de Holguín. De cuando él las estampó en frágiles hojas, sin ánimo de que fuesen publicadas, han pasado muchos años. La mayor parte de los hombres de entonces han rendido su jornada; pero vive aún entre nosotros, en melancólico retiro, el gran poeta, cuyos versos, repetidos por el ministro de Colombia, resonaron con tanto aplauso, una noche de navidad, en una de las casas señoriales de Madrid. Esos aplausos no eran, sin embargo, sino uno de los gajos de laurel con que la España y la América han ceñido su inspirada frente ; una rama de la corona que la admiración nacional supo otorgarle, sin esperar que llegase la hora póstuma de las justicias reparadoras ; y si hoy, en este día, para mí uno de los más felices de la vida, no me es dado contemplar en este recinto á nuestro inmenso poeta, puedan al menos los ecos de los aplausos de aquella noche llegar á los oídos del cantor de José Eusebio Caro,

Cual muelle són de música lejana...

Cerraré estos brevísimos recuerdos de España copiando la siguiente carta, que tiene toda la melancolía de las grandes puestas del sol :

Mi queridísimo Holguín :

Mucho he agradecido su recuerdo en la triste situación por que estoy pasando. Creía que ya se había olvidado usted de mí, y su cartita ha causado una grandísima alegría á mi corazón.

Aquí todos seguimos tan insignificantes, ó tan tontos, como usted nos ha dejado, menos yo, que soy el único *chiflado*.

Tengo el deseo de que le destierren á usted pronto, para que nos veamos en París, pues aquello, sin la presencia de usted, me sería insoportable.

Le mando á usted un libro que vale dos reales.

Espero que le hable usted á su familia alguna vez de mí, no con el cariño que usted me tiene, sino con el que yo le tengo á usted. Y cuando les llegue á ustedes la noticia de mi muerte, que recen una oración por el descanso eterno de su eterno amigo

CAMPOAMOR

No habré de hablaros de Holguín como periodista político, pues ello me haría salir de los límites que el deber me traza, y poco os diré de él como orador parlamentario. Su figura culminó demasiado en nuestros congresos y asambleas, para que pueda yo agregar nuevas líneas á las ya muchas y de primer orden que han sido consagradas á este aspecto de su vida, por ínclitas plumas, y entre las cuales se destacan el ya citado discurso del señor Martínez Silva, obra maestra de aquel maestro del decir, el hermoso boceto biográfico del académico señor Sampedro, y las páginas cuajadas de doctrina, gallardamente escritas, que en más de una ocasión ha ofrendado á su memoria el señor don Marco Fidel Suárez. Durante largos años cautivó Holguín la atención del público colombiano como orador consumado y habilísimo; midió sus fuerzas con los primeros parlamentarios de esta tierra, en épocas en que honraron nuestros cuerpos legislativos desde Arboleda

y Florentino González, en los antiguos días, hasta Pérez, Martín y Esguerra, en fechas más recientes, y nunca fue vencido. Valor á toda prueba, facilidad asombrosa de palabra, voz vibrante y robusta, memoria feliz, prontitud excepcional para la réplica, franqueza y gallardía, eso contemplaban, eso proclamaban de él á porfía amigos y adversarios.

Apenas me fue dado, en dos ó tres ocasiones solemnes, oír aquellos acentos magníficos, que brotaban de las profundidades del alma, llenaban los espacios sonoros y se comunicaban con fuerza magnética á el alma del auditorio; pero esas raras ocasiones sirvieron para darme idea cabal de lo que es el dón excelso de la palabra, el mayor, sin duda, después del dón supremo de la poesía, de los que en el orden de la naturaleza concede Dios á los hombres. Entonces comprendí cómo un individuo, solo, aislado, inerme, puede dominar multitudes, hacer de muchas almas una sola alma, comunicarles sus ideas y sus propios sentimientos, imprimirles su voluntad personal y modelar á su querer las voluntades ajenas. Así la palabra convirtió al mundo; así funda y mantiene los Estados; así defiende la justicia y destrona la iniquidad triunfante. ¡Qué mucho! si la palabra humana no es sino un eco de la palabra divina, de aquel verbo que dijo *fiat*, y la luz fue, *hagamos al hombre*, y el hombre apareció sobre la tierra, llevando impreso en la frente el sello de la luz divina!

Palabra, pensamiento, pluma, acción incesante, dotes del ingenio, voluntad inquebrantable, todo lo puso el varón de quien os he hablado, cuyo nombre pronuncian mis labios con veneración inefable, todo lo puso al servicio de Dios y al servicio de la República. La fe de sus mayores alentó en su pecho todos los días de su vida, y á la Iglesia de Cristo sirvió con decisión y con humildad.

Y en cuanto á la patria, oh! en cuanto á la patria, qué os diré sino que ella, la madre Colombia, fue el imán de su existencia, la señora de sus pensamientos, el objeto de sus vigili-  
as, causa de angustias muy hondas, pasión incesante

de su espíritu. Soñó con verla próspera y feliz, libre dentro del orden, respetada de propios y extraños; y puede decir, sin que haya en mis palabras un eco de parcialidad, que cuando él alcanzó los honores supremos, Colombia no tuvo por qué arrepentirse de haber fiado á sus manos su honor y bienestar. Quiso Dios misericordiosamente llamarlo á sí antes de que infortunios inmensos cubriesen de desolación el suelo patrio, antes que sangre de hermanos corriese en larga vena por campos floridos; antes sobre todo que en trágico instante la antigua lealtad huyese de pechos colombianos y se desgarrase la túnica de la patria y se oscureciesen los horizontes, roto el derecho y vencida la justicia y humillada la raza latina en la persona de Colombia! Ah! para él fue mejor así; haber desaparecido antes de la hora de tinieblas, que de otra suerte el corazón del gran patriota hubiera estallado de dolor!.....

¡Patria! Nombre feliz, numen divino,  
Eterna fuente de virtud en donde  
Su inextinguible ardor beben los buenos! (1)

¡Patria! para ti nuestras palpitaciones y nuestros suspiros! ¡Patria! para ti los esfuerzos de tus hijos y las bendiciones del cielo! Ondulen para ti las mieses y reverdezcan los campos, corran para ti y murmur en los plateados ríos y se coronen de trémula espuma las olas marinas. Las ciencias y las artes dilaten tu nombre famoso en apartados climas y zonas remotas; arrúllente las musas divinas que velaron tu cuna, pródigas siempre para ti de sus dulces favores. La paz y la libertad hagan suyo tu suelo bendito, y las sombras de los que te fundaron y engrandecieron dominen por siglos sobre tus colinas y tus valles!.....  
¡Patria! para ti todo el pensamiento de nuestras almas y la última lágrima de nuestros ojos!

HE DICHO.

(1) Quintana.